

OBRAS PERIODICAS

3

6

cento

ANECDOTAS,

DADAS A LUZ

POR DON MANUEL RET.

N.º I.º

MES DE JUNIO.



MURCIA. MDCCXCIV.

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE FELIPE TERUEL:
calle de la Lencería.

Con las licencias necesarias.

R.

1827 Ayuntamiento de Murcia

OBRA PRACTICAS

ANECDOTAS

DADOS A LAS

POR DON MANUEL RUIZ

N.º 1.º

MES DE JUNIO



MURCIA, MEDICINA

EN LA OFICINA DE LA VINDA ORIENTAL EN LA CALLE DE LA VINDA

Con las licencias necesarias
© Ayuntamiento de Murcia

A LA EXCELENTISIMA SEÑORA

DUQUESA DE ALBA,

GRANDE DE ESPAÑA

DE PRIMERA CLASE, &c.&c.&c.

EXCELENTÍSIMA SEÑORA:

Estoy demasiadamente persuadido de la generosidad de V. E. para no quedar convencido, que hará gracia á la licencia que tomo de dedicarla estas Obras Periódicas: he pensado no

po-

poder darlas á luz baxo mejores auspicios ; y me lisongeo de su feliz éxito, si V. E. se digna concederla el patrocinio que necesita todo ensayo literario. Espero no emplee V. E. en su lectura las armas ventajosas que le dá su esclarecido entendimiento , antes confio en la indulgencia ilimitada de V. E. como la suplico lo haga , sobre la mas profunda veneracion , con la que seré toda mi vida

De V. E. el mas rendido
y humilde servidor

Manuel Rey.

STRA-

STRADELLA.

De todas las pasiones, el amor es sin contradicción la mas engañosa: ella no ofrece, sobre todo á los ojos de la juventud, sino placeres, encantamientos; y nuestros libros no contribuyen poco á alimentar esta ilusion tan perniciosa: nuestros romances no pintan sino la dulzura de amar, y ser amado: el mismo error nos espera en el teatro: no oimos resonar en todas partes sino un hymno en honor del amor. Sin embargo, ¿no es una de las obligaciones del hombre esclarecido que se ocupa en la dicha de sus semejantes, la de mostrarles la verdad en todo quanto les es relativo? ¿El prestigio por él mismo no es condenable? ¡Y en qué extravíos, en qué desgracias nos precipita la sensibilidad mal

di-

dirigida! ¡Quántas veces no viene á ser funesta á la virtud, al reposo, al honor, á la misma vida! El fin de la Anécdota siguiente es una leccion terrible para la juventud, que se obstina en no mirar el amor como él es en sí mismo, y despojado de todo aquel hechizo lisonjero con que le adornan unas mentiras ingeniosas; y por ella aprenderá á no ceder con tanta facilidad á las impresiones inconsideradas de su corazon.

STRADELLA (1), célebre Músico, nacido en Venecia á mediados del siglo pasado, á su distinguido talento para la composicion, añadia una voz encantadora: hacia las delicias de su Patria. Las mejores familias se disputaban la ventaja de procurárselo para maestro de sus hijos.

Una

(1) Stradella, &c. Esta anécdota ha sido sacada de la Historia general de la ciencia, y de la práctica de la Música por Juan Hawkins, 4. vol. en 4. año 1778.

Una joven doncella , nombrada Hortensia , de una antigua familia de Roma , era la discípula de Stradella , que mas aprovechaba de sus lecciones. Verdad es que la naturaleza habia precedido al Músico ; pues ademas de sus felices disposiciones para el canto , habia sido pródiga de otros favores para con Hortensia. Su sola belleza bastaba para atraerle todos los homenages. Un noble Veneciano se habia vivamente apasionado de ella : estaba para ofrecerle su mano , y una brillante fortuna. Monteio , padre de Hortensia , recibió con ansia las proposiciones de este enlace. Como poseedor de pocos bienes , miraba en esta union un manantial de dicha para su hija ; los parientes se engañan quasi siempre , hasta imaginar que solo la dignidad , y la opulencia atraen la felicidad. Hortensia estaba muy lexos de pensar como su padre. El noble Veneciano , aunque Senador , no por eso parecia mas amable á la hija de Monteio ,

sea

sea porque careciese de aquellas prendas, que en el arte de agradar son los primeros títulos, ó sea porque hubiese dispuesto de su corazón: lo que se podrá conjeturar según la continuación de la historia.

Stradella sabia aun mas que enseñar la música: inspiraba el sentimiento que tambien expresaba su canto. El hombre de ingenio tiene un embeleso que no poseen los otros hombres: excita este poderoso interes la llama de las pasiones, y no necesita graduaciones para establecer su imperio. Hortensia habia experimentado este poder vencedor; ¡pero cuán superiores á los del maestro eran los raptos que agitaban á la discípula! El no habia podido ver con ojos indiferentes la hija de Monteio: se habia esforzado en apagar una inclinacion que le parecia temeraria. La razon le hablaba altamente contra esta passion que empezaba á nacer; pero el amor no solo es ciego, sino sordo, y

Stra-

Stradella se habia dexado arrastrar hasta prestar el oido á un insensato, y atrevido ardor. En efecto ¿cómo podia esperar un Músico agradar á una joven Señora de calidad, nombrada ya esposa de un Senador? Stradella no atiende á estos obstáculos: él en fin se determinó á declararse á la hermosa Hortensia, aunque debiera ser castigada su osadía; pero al acercarse á su discípula, el maestro sentia desvanecerse su audacia: no tenia ya la fuerza de poner su proyecto en execucion: era tímido, él amaba. Hortensia por su parte no experimentaba menor turbacion; aumentaba diariamente este desórden. Cada vez que se hallaba con Stradella, se hacia mas incierta su voz: si sucedia casualmente tocarle la mano, un repentino temblor se esparcia en sus venas: si se miraban, se apagaban sus miradas del uno al otro. Hortensia se imponia facilmente en quanto le enseñaba Stradella; y bastante inutil es observar

var que preferia sus arias á todas las de otros compositores.

La casualidad hace que un dia ningun testigo asista á la leccion. Jamas Hortensia se habia mostrado mas seductiva : sus gracias , si podemos expresar- nos asi , le eran mas naturales. Estaba con aquel sencillo trage de la mañana, que no admite sino poco adorno , y respiraba todavia aquella amena languidez del sueño , que añade tantos encantos á la belleza : era la estacion de la primavera , época de la naturaleza , en que todo se hermosea al rededor de nosotros , y nos lleva á querer , y confesarlo. Stradella hacia repetir á su discípula una de sus arias , que empezaba por estas voces : *Yo amo* ; y mientras cantaba , sus ojos se fixaban sobre los de Hortensia : el uno y el otro se turban : con trabajo tartamudean *Yo amo , yo amo* , que vuelven á decir repetidas veces , y con una voz siempre mas apagada. Stradella cae á los pies de la joven : *Yo amo,*
sí,

sí, yo amo, ardo, me muero de amor, todo su fuego me consume. Y.... ¿quién es el objeto de esta pasión? Vos, divina Hortensia, vos sois á quien idolatro, á quien adoraré hasta el último aliento. Esta pasión que tanto imperio tiene sobre mi corazón, no finalizará sino con mi vida. Ah! la sacrificaría gustoso para obtener una sola de vuestras miradas. Sé.... que falto á todo, que pongo el colmo á mi extravío, que es criminal; pero.... no he podido resistir.... á lo menos dexadme espirar á vuestros pies.

Hortensia se habia quedado suspensa: quiere responder, y sobre sus labios espira su voz. Se habia atrevido Stradella á apoderarse de una de sus manos, la cubria con sus besos, y la regaba con sus lágrimas. Ella no puede sino proferir Stradella.... Stradella! cuán desdichados somos!

En fin, los dos amantes se confiesan el nacimiento, los progresos, todos los detalles de un recíproco ardor. En es-

tos

tos deliciosos instantes , en que dos cora-
 zones , por la primera vez , se confian
 mutuamente quanto experimentan , se der-
 raman el uno en el otro. En estos ins-
 tantes es quando nos embriagamos á gran-
 des tragos del filtro encantador del amor.
 ¡Qué desdicha! Si han de desaparecer
 con tanta rapidez los primeros , y her-
 mosos dias de una pasion , ¿ los mas dul-
 ces placeres serian pues la ingenuidad,
 y el candor?

Stradella , y su amante estaban en
 aquel inexplicable éxtasis , que no per-
 mite sino entregarse al hechizo que nos
 ha seducido. Entónces es quando dos
 amantes no ven en la naturaleza entera
 sino á ellos solos : para ellos se levanta
 el Sol , y por sus fuegos se halla colo-
 reado el horizonte : para ellos toma su
 descanso en unas olas doradas , azules,
 y purpúreas : para ellos entreabren las
 flores sus capullos , de los quales se ex-
 halan los mas suaves perfumes : para los
 amantes gorgcean , y se alzan en los ay-
 res

res los pájaros: para ellos es toda la tierra un jardín de delicias. Ellos son los dos mortales á cuyo favor prodigó el Ser Supremo todos estos inapreciables dones. Stradella, y Hortensia no oían resonar la borrasca que les amenazaba: no existía ya para ellos ni pasado, ni venidero: se sumergían en toda la embriaguez del presente, y no atendían á que este presente estaba para escapárseles. Ah! demasiado velozmente huyó. Se preparan las bodas de Hortensia, y del Senador, fixado hasta el día. Entónces fué quando el Cielo tan sereno se cubrió de horrorosas nubes, y se desvaneció el prestigio del encanto: el maestro, y la discípula están arrebatados del infortunio en que cada instante que se pasa, los precipita: con espanto lo contemplan: se ven en el punto de una eterna separacion: tal vez les será reusado hasta el pequeño consuelo de verse. ¡Qué imagen absorvía todos los sentidos de Stradella! Hortensia, aquella Hortensia
que

que con furor amaba sometida á las leyes de un esposo , en los brazos... á este horrible retrato caia el Músico en el delirio de la mas violenta desesperacion. La hija de Monteio vertia lágrimas : culpaba amargamente á los Cielos por su suerte : se entregaba á un dolor inexplicable : entretanto se acercaba el fatal término. Hemos llegado , pues , á la víspera de este tenebroso dia , en que Hortensia debe sujetarse á los vínculos de un himeneo , que ha de arrojar á los dos amantes en el túmulo.

La hija de Monteio , oprimida de su situacion , estaba para acostarse. Un hombre sale de su gavinete : un susto repentino se apodera de ella : reconoce á Stradella : Vos! á estas horas! en este sitio!... Sí , he sabido sorprehender la vigilancia de quanto os circunda , é introducirme hasta dentro de vuestro aposento. No ignorais que poco tiempo os queda ; que cada hora os advierte de encaminaros á los Altares. Hortensia , nin-
gu-

guna dilacion! mañana se resuelve mi muerte.... Hortensia, me quereis? Sí os quiero: ¿podeis dudar de esto? Me amais, adorable soberana de mi corazón, me amais! Pues al instante probadmelo..... Hablad, Stradella, decid, qué exígis? Qué quereis? Todos los sacrificios, pedidmelos.... Uno solo me atrevo á solicitar. ¿Convenís en que me amais, y pensais, pues, que otro va á poseeros, que os estrechará contra su seno?... Hortensia, qué infernal imagen! Se hace, pues, preciso subtraeros de la criminal audacia de aquel robador, de no vivir sino para el amante, el mas inflamado. Ah! ¿quién sabe amar, arder, morir de su pasion como Stradella? Dignaos seguirme.... Stradella aconsejarme una evasion! mi deshonta!....No se presenta otro medio de calmar el amor temeroso: ¿y qué os importa el mundo entero, su opinion, y la fama? El amor debe bastaros. Ah! si estuviese en vuestro lugar, dudaria yo un solo instante?

Iria

Iria hasta la extremidad de la tierra á sepultarme con quanto amo. No existiria sino para él solo : él poseería toda mi alma : espiraria á sus pies.... No , no amais ; decidid , pues , de mi suerte.... Querido amante , conducidme á los desiertos mas remotos. Os inmolo mi patria , mi familia , mi reputacion , todo.

Stradella enagenado corre á ocuparse de los preparativos de una fuga que ya habia previsto : vuelve volando cerca de su amante , y se apresura con ella á dexar el territorio de la República.

Se esparce el rumor de este rapto. Monteio amaba aun mas á su vanidad que á su hija. Se vé privado de un casamiento que lisonjeaba á un tiempo su avaricia , y su ambicion ; pero no puede compararse su furor al del noble Veneciano. Acude á casa del padre de Hortensia : se abandona al exceso de la ira : no sabe en qué pecho arrojar un puñal de que se habia armado : él es el mismo amor entregado á todo el exceso de su rabia.

Los

Los dos amantes , puestas en salvo en Roma , se anunciaban como casados; y descansando sobre una credulidad fuera de toda sospecha , cedían sin temor, como sin reserva al delirio de su extravío: cada día aumentaba su embriaguez , y su loca seguridad. Habían olvidado su patria , sus amigos , sus parientes : había desaparecido á sus ojos el universo entero. El amor es una pasión que se inmola todas las otras pasiones ; y de todos los fanatismos este es quizá el mas ciego , y mas imperioso.

Se adormece menos la venganza que el amor. El intento del Senador no era solo limitarse á unas muestras de furor, y desesperacion : meditaba en sí algun proyecto que le vengase de los dos amantes. Recurre á dos de estos hombres en algun modo dedicados al crimen , y cuya maldad había comprado.

Amigos , aumentaré la remuneracion que acabo de daros : ved aquí á qué precio os la merecereis. Stradella está

en Roma : debe hacer executar en la Iglesia de San Juan de Letran uno de sus *oratorios* : el dia está fixado. Llegad á aquella Ciudad el mismo dia , y quando salga de la Iglesia , no le dexéis pasar adelante : caiga despedazado: espire baxo vuestros golpes reunidos. Sobre todo cuidado de no errarle , y no volváis sino con la certidumbre de dexar en Roma su cadaver , ya os lo he dicho, atravesado de mil , y mil puñaladas. Estos perversos prometieron cumplir fielmente quanto les prescribió , y se encaminaron para llegar á Roma en el dia señalado.

Stradella , acompañado de su amante , el solo objeto que le hacia desear la gloria , estaba executando , como se habia anunciado , su *oratorio* en la Iglesia que acabamos de nombrar. Unia á la mas rica composicion aquella brillante voz , cuyos sonidos hechiceros parecian todavía impresos en Venecia : se echaba de ver que hacia reflexar sobre

su

su amante la multitud de aplausos de que le colmaban. Resonaba la bóveda de las palmadas, y se habia esparcido un entusiasmo general. Precisamente en medio de esta universal aclamacion es quando entran los dos asesinos asalariados por el Senador, y muy determinados á obedecerle. ¿Le ves, pues? Dixo el uno de ellos: ¿lo reconocerás? Teme que no se nos escape: es preciso arrojarle nuestros puñales en el corazon: este es el medio de acertar. No temas nada, respondia el otro, te doy mi palabra que te precederé.

Sin embargo, Siradella desplegaba los encantos de su voz: apenas el auditorio se atrevia á respirar: el alma seguia todos los acentos del Músico. Los dos malvados (tal es el imperio del talento) no pueden reusarse al placer de escucharle. Quedan suspensos: se miran: parecen desear ocultarse lo que experimentan: rompen en fin el silencio: ¿este hombre produce sobre tí el mismo

efecto que sobre mí? Jamas me hallé en esta situacion, y yo ya no me reconozco... tengo desmayado el corazon.... á fe que creo que no lo acertaria.... ¿Tú le errarias?... Amigo, es preciso volver á animarse. Todo esto no vale doscientos ducados que se nos han prometido á nuestra vuelta. Continuaba Stradella en tener á la asamblea en el éxtasis: la misma Hortensia aplaudia, y los dos asesinos parecian de instante en instante mas oprimidos, si se puede decir, bajo la poderosa magia del Músico. El salia de la Iglesia, y atravesaba una vuelta poco alumbrada. Uno de estos facinerosos corre á él, y arrojando á sus pies el puñal, seguido de su cómplice, á quien se escapa la misma accion, exclama: Stradella, tú has vencido. Mi compañero y yo habiamos venido expresamente para atravesarte el corazon: lo hemos prometido; y no hemos podido resolvernos á este homicidio: el hechizo de tu voz nos ha mudado en admiradores

res tuyos : hacemos aun mas que conservarte : te aconsejamos de abandonar prontamente á Roma , y de substraerte de la rabia de un hombre que no respira sino por tu pérdida.

Apenas habian proferido estas últimas voces , quando desaparecieron. Hortensia , y el Músico se quedaron inmóviles. Vueltos de su admiracion , ambos se estremecen del riesgo que han corrido. Hortensia temblaba por su amante , y este no temia sino por su dueño.

Se aprovechan del consejo de los dos emisarios : se refugian en Turin : van á echarse á los pies de la Duquesa de Saboya , y le cuentan ingenuamente el peligro al qual está expuesta su vida , y la causa que lo ha suscitado. La verdad tiene un caracter tan interesante , que esta sencilla narracion mueve á la Duquesa. Raras veces se cierra á la indulgencia el corazon de una muger , principalmente quando la sensibilidad es el

ma-

manantial de los errores que se le confiesan. Los dos amantes lograron hallar gracia en los ojos de la Princesa. Luego para substraerlos de la actividad de la venganza italiana, colocó á Hortensia en un Convento, y dió un aposento en su Palacio á Stradella con el título de su primer Músico.

El poco éxito de una maquinacion tan bien meditada no habia calmado la animosidad del Senador. No existia sino para aprovechar la ocasion de arrebatrar las dos víctimas que se le habian escapado; y habia conseguido comunicar su implacable ira al padre de Hortensia. Este viejo desnaturalizado habia jurado de ser el verdugo de su propia hija, si alguna vez caia en sus manos. No escuchaba ya la voz de la sangre: se dexaba conducir enteramente por el Veneciano, cuyos zelos, y sed insaciable de vengarse se inflamaban mas y mas por el tiempo, y la distancia.

La Duquesa, que no tenia ninguna
idea

idea de las enagenaciones furiosas del amor ultrajado, creia que una persecucion tan ardiente debia tener un término. Imaginó, pues, que podia disfrutar sin temor el placer de hacer dos dichosos: casó el Músico, y su amante, que no hallaban, segun ellos, testimonios suficientes para ofrecer á su bienhechora: estaban á sus pies, que regaban con sus lágrimas. Amigos míos, les dixo la Princesa levantándolos, habeis cometido grandísimas faltas; pero no hablemos ya sino del perdon, y de la felicidad que os esperan. Me lisongeo que Monteió, y el Senador se dexarán aplacar: emplearé mi crédito para esta reconciliacion demasiadamente diferida.

Por poderoso que fuese el estado en que se hallaba la Duquesa, no pudo obtener ninguna respuesta á las solicitudes que en su nombre se hicieron.

Entretanto Stradella, y Hortensia al abrigo de su trono, se entregaban á una dulce seguridad. Quántas veces decian,

y

y volvian á decirse , ¿ qué podríamos envidiar , pues , en el universo ? Nos queremos : siempre nos amaremos : bajo los hielos de la edad , nuestros corazones conservarán los fuegos del amor. ¡ Ojalá pudiésemos no sobrevivirnos el uno al otro , espirar juntos , y tener el mismo sepulcro ! Nuestras cenizas , no dudemos de esto , procurarán tambien reunirse.

Decidido está que el hombre , en la plenitud de su felicidad , abre su corazón á la inquietud de nuevos deseos. Los dos esposos , colmados de los favores de una Soberana , exemplo de la beneficencia , acariciados , festejados por toda su Corte , piden licencia para ir por algunos dias á visitar el Puerto de Génova. La Duquesa , que se hacia un gusto de no reusarles nada , les concede , no sin algun sentimiento , este permiso , ardientemente solicitado. Exige de ellos su palabra de volver quanto antes : les prodiga aun nuevas pruebas de

25
de su liberalidad , y los vé con dolor
alexarse de Turin. Llegan á Génova:
no sé , dixo Hortensia á su marido , una
languidez secreta , cuya causa ignoro , se
apodera de mí. Sin embargo , ¿qué po-
dria yo temer? La Duquesa nos ampara,
y tú me amas. Hallo muy singular , re-
plica Stradella , experimentar la misma
melancolia.... Hortensia , levanta los ojos
sobre tu esposo , sobre tu amante , y se
disiparán estas nubes.

Estaban acostados , y empezaban á
entregarse al sueño : les despierta un ru-
mor formado por varias personas , que
ya habian penetrado hasta su antesala.
Se apodera de ellos un temblor repenti-
no : una débil lámpara les alumbraba:
¡qué espectáculo les arrebató! ¡quatro
hombres armados de resplandecientes pu-
ñales! Padre mio , exclama Hortensia,
¿sois vos? Ah! Padre mio , perdonad á
Stradella , y dadme la muerte! En vano
reclamas mi piedad para él , responde
Monteio : su corazon es el que quiero
atra-

atravesar. El Senador era del número de los asesinos. Ambos se arrojan sobre el Músico, que empleaba sus esfuerzos en defenderse, ó mas bien en librar á su esposa, que cubria con todo su cuerpo. Este desdichado cae immolado baxo mil golpes por estos dos bárbaros; y el Senador, todo manchado con su sangre, degüella á Hortensia, quien espirando aun nombraba á su padre, y á su esposo.

SOL-

27

SOLMANI, Y BELINA,

ó

LAS FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL ESPIRITU DE PARTIDO.

Se hallaba dividida la Italia entre dos facciones, los *Guelfos*, y los *Gibelinos* (1): á porfia la despedazaban, y der-

(1) Los *Guelfos*, y los *Gibelinos*: *Henrique de Welfe*. Este poseia en Italia, asi como en Alemania, unos feudos considerables, y pretendia tener derechos á la Corona de Germania; pero el Papa, temiendo á un Príncipe Soberano del Ducado de Toscana, y de todos los dominios de la Condesa Matilde, se opuso á ello, y eligió á Conrado por antagonista de *Henrique*. La Casa del primero heredaba de los Emperadores *Henriques* de la sangre *Gibelina*, que estaba abiertamente opuesta á la del Duque *Henrique*, descendiente de la sangre Italiana de los Príncipes de *Este*, he-
re-

derramaban en ella todos los horrores
que

redera en Alemania de la Casa de los *Welfes*, en la batalla de Vinsbergs, que se siguió inmediatamente despues de la muerte del Duque Henrique, y que se dió entre su hermano el Duque *Welf*, y Conrado, los Bávaros eligieron por grito de guerra el nombre de su General *Welf*, y los Imperiales se sirvieron del de *Wiblingen*, Lugar principal del patrimonio de los Emperadores de la Casa de Franconia. Estos dos nombres fueron despues aplicados al partido de *Conrado*, y al de *Welf*: las enemistades fueron acrecentándose: se encendió el fuego de las facciones: Federico se obstinó en querer conservar en Italia la Soberana autoridad, de que allí siempre habian gozado sus predecesores. Por otra parte el Pontífice Romano se oponia enteramente á que lo consiguiese, no queriendo sufrir en su vecindad un poder que hacia sombra á su dominacion: de aqui estos debates de que resuena la Historia, y que llevaron tras sí todos los horrores de la guerra mas sangrienta. El nombre de *Gibelino* designaba, pues, el partido de los Emperadores, y el de *Guelfo* la faccion que combatia baxo las vanderas sagradas del Papa.

que se pueden esperar del espíritu de partido, la injusticia, la crueldad, el delirio de la rabia, el olvido de quanto hay de mas santo despues de la Religion, los derechos de la naturaleza, y de la humanidad tan poderosos, y verdaderos: el padre no veia en su hijo, declarado por el Pontífice Romano, sino á un enemigo irreconciliable, de cuya sangre estaba sediento: por su parte el hijo no miraba en la criatura, á la que debia el ser, sino á uno de los partidarios del Emperador, que desapiadadamente aspiraba á aniquilar. ¿Qué es el hombre entregado á estos deplorables excesos de ceguedad? Se degrada hasta ser peor que la mas cruel fiera. ¿Es esta, pues, la imagen del Ser Supremo, tan justo, el manantial de tanta beneficencia? ¿Se puede reconocer por estos rasgos tan disformes, tan horrendos, la obra de un Dios?

Solmani, y *Belina* se amaban, en algun modo, desde la mas tierna infancia:

cia : sus parientes , lexos de reprobear esta mutua inclinacion , proyectaban sellarla con los vínculos del matrimonio: formaban quasi una misma familia , y los dos niños se criaban en el seno de esta intimidad , que la inocencia hacia aun mas viva , mas constante : no se les podia separar un solo instante sin que experimentasen el mas violento sentimiento ; eran (si es permitido hablar asi) dos cuerpos que vivificaba la misma alma: jamás se habia mostrado el amor baxo un aspecto mas encantador ; y quando la ingenuidad y el candor lo excitan , y mantienen , ¡quán cerca está entónces de ser mirado como una virtud! ¡Quán interesantes son los deseos puros!

Ambos amantes llegaban ya á aquella edad , en la que una union sagrada puede acercar aun mas dos corazones, unidos por una inclinacion recíproca. *Melino* , y *Rinaldi* , padres de estos amables hijos , ya estaban ocupándose en este enlace , que deseaban quasi tanto como *Solmani* , y *Belina*. El

El fuego que produce el espíritu de partido, se vuelve mas impetuoso, mas ardiente: es un incendio, por el qual se vé devorada la Italia: no se oia repetir sino los nombres de Guelfo, y de Gíbelino: esto es, quanto resuena á los oidos: lo que hace impresion en los ojos: en las dos facciones subió á su colmo el entusiasmo.

En fin se decidió Melino á favor del Papa, y el Soberano de la Alemania. Viene á ser el ídolo al qual se siente inclinado Rinaldi á sacrificarlo todo: este era padre de Belina. Ya está dicho todo: desde aquel instante se rompieron todos los vínculos de una union que se citaba como el exemplo de la mas rara amistad: los dos ancianos mudaron enteramente de sentimientos: las pasiones del odio, de la venganza reemplazaron las de la benevolencia, y de los afectos: ellos son dos tigres recíprocamente sedientos de su sangre, é impacientes de despedazarse. ¿Se creeria, pues? Belina,

na, la misma Belina tiene inficionada el alma con los venenos que emponzoñan la de su padre: se halla en la clase de los mas determinados Gibelinos: esta enfermedad del espíritu humano ha llegado á tomar sobre ella tanto imperio, que su mismo amor padece alteracion: ¿qué digo? Bien presto se ha destruido. Solmani por su parte, tiranizado por el autor de sus dias se ve en la precision de huir de Belina, que adoraba mas que nunca: ella misma tiene la barbarie de imponerle la ley de no ofrecerse á su vista: en vano se ha esforzado á recordarla aquella inclinacion que habia, por decirlo asi, conocido con la existencia: en vano le habia dirigido cartas llenas de amor, y de sentimientos, inundadas con sus lágrimas: la joven se ha alimentado de todos los furores del partido opuesto al que habia abrazado Melino, y que este queria hacer adoptar á su hijo.

Este último, menos inflamado del

ge-

genio infernal de las facciones que su adorada Belina, no podia resolverse al sacrificio que se exigia de su parte. No, padre mio (volvía á repetir continuamente) no está en mi poder el vencer un amor que he respirado con la vida. Os estoy ciegamente sometido, pero el Xefe de la Iglesia que venero, vos mismo, vos no conseguiriais hacerme olvidar á Belina: ella es la primera soberana de mi corazon: en él quedará siempre estampada su imagen: seguramente estoy convencido que seguís el partido del honor, de la justicia, de la verdad; pero aunque Belina estuviera mas en el error, aunque fuera mas culpable, mas ingrata que lo que es, no podria dexar de adorarla.... Padre mio! ay! demasiado lo experimento: el espíritu no manda al corazon.... creed que ya me he hecho patente quanto acabais de hacerme entender: el recuerdo de Belina, padre mio, vence todas nuestras razones, por poderosas que sean:

C

ah!

ah! ¡y cómo podría yo borrar el menor rasgo de esta memoria, que me es tan preciosa! ¿No sois vos el que ha estimulado mi amor, lisongeándome de la esperanza de esta union, que hubiera consolidado mi felicidad? Se ha desvanecido, pues, este sueño tan seductivo! ¡Jamás, jamás seré yo esposo de Belina! Padre mio, yo os engañaría: siempre conservaré esta inclinacion, la mas tierna, y la mas desdichada: la muerte sola puede aniquilar esta pasion; y entre tanto corrian las lágrimas por los ojos del joven.

El inexorable Melino no le escuchaba, ó no le respondia sino por estas palabras: Rinaldi es Gibelino, y su hija tambien: yo soy Guelfo: mi hijo no debe tener otro sentimiento sino el de su padre. Sí: despues de terminada mi existencia, quiero que sobre mi sepulcro se inscriba: *Melino defendió la buena causa, fué Guelfo, y lo fué hasta el último suspiro.*

¿Qué

¿Qué debía , pues , esperar Solmani de una *mania* tan arraigada ? No disfrutaba de otros placeres sino de los de un tenebroso delirio , del qual Belina era el objeto : buscaba los sitios apartados , la profunda soledad , y allí dexaba á su alma derramarse con libertad : hablaba en alta voz á su pérfida amante : la dirigia sus lágrimas , sus gemidos : la renovaba las continuas protestaciones de un amor que no debía apagarse sino con él.

Los diversos acontecimientos , consecuencia del tumulto , y de las circunstancias ocasionadas por las dos facciones , han alejado de Melino , y de Solmani á Rinaldi , y á su hija. Ya vencedores , ya vencidos , el uno , y el otro partido cedian á los movimientos contrarios , como se ven las mieses abandonar al soplo de los vientos opuestos sus ondosos tallos. El amante el mas infeliz , y digno de compasion , ignoraba , pues , la suerte de un objeto que todos los dias

le

le inflamaba aun mas: inútiles habia sido sus pesquisas: solamente tiene noticia de la muerte de Rinaldi: en quanto á Belina no pudo procurarse ningunos indicios sobre su situacion: ay! exclamaba, los Cielos, demasiadamente declarados contra mí, me la han quitado tal vez! Quizá en el instante que la adoro, que la idolatro, que estoy consumido por un fuego que no puedo domar, ella no es ya sino una ceniza insensible.... aun, si me fuera conocido el paraje en que están depositadas sus tristes reliquias, llevaria allí mis llantos, mis últimos suspiros: allí moriria.... qué! seria, pues, preciso renunciar á la dulce esperanza de volverla á ver, y... no, no, no puede haber perdido la vida: en vano una nueva pasion ha desterrado de su alma la que experimentabamos el uno por el otro con tanto ardor: sí.... me será devuelta: conseguire.... la quiero tanto.... obtendré la victoria.... venceré.... renacerá su amor: á lo menos
con-

consentirá á admitir la confesion del mio : de todas las exaltaciones que me moverán hasta en el sepulcro. Y puede, pues , mi amor tener un término!

Solmani se halla arrastrado por su padre al partido de los Guelfos : tan poco apreciaba su existencia , que diariamente volaba al encuentro de las ocasiones de perderla : se daban batallas, en las que de ambas partes parecia muchísima gente. Melino recibe un golpe mortal : este infeliz suceso duplicó su furor : su hijo deshecho en lágrimas se precipita sobre el cuerpo de su padre, al instante que se cae , y que teñia la tierra con las olas de su sangre. Ninguna queixa dixo á su hijo el anciano al punto de espirar : tú lloras como una muger : muero en el campo del honor, y me queda un consuelo : dexo á nuestro partido un vengador , que tendrá toda mi alma : sí , cierro para siempre los ojos , asegurado de que todo mi ánimo, todo mi odio contra estos monstruos de

Gibelinos, me sobrevivirán en tí, Solmani, pongo mi espada en tus manos : está aun humeando de la sangre de estos enemigos de la Iglesia, y de la humanidad. ¿Quieres darme despues de mi muerte una prueba de amor filial? Mis cenizas, no lo dudo, lo agradecerán: arrebatada, immola sobre mi sepulcro á un Gibelino : lleguen hasta mí sus últimos suspiros : los oiré, hijo mio, los oiré. Sobre todo, ninguna composicion, ninguna paz para estos impíos, estos sacrílegos : aunque fuere la misma Belina, si ella vive, si la casualidad te la presentára : prométeme,... no escucharás ningun sentimiento de piedad, y.... ah! padre mio, (prorrumpe Solmani, retrocediendo de espanto) ¿exigiriais... me seria, pues, posible obedeceros?... ¿Reusarias cumplir con la obligacion?... Aningun Gibelino debe perdonar mi hijo. Teme toda mi maldicion.... ¿Serias traidor á mis esperanzas? Solmani, no baxe yo al sepulcro con la incertidumbre...

nin-

ninguna gracia , aun otra vez , no pienes sino en llenar mis deseos , y no desmientas.

A estas últimas voces , el anciano vindicativo cae en las agonias : ya no tiene la fuerza de expresirse ; pero su último movimiento es de tomar la mano de su hijo , y de colocarla sobre el pomo de su espada.

Solmani derrama lágrimas por la muerte de su padre , aunque le hubiese prohibido esta prueba de sensibilidad. Este joven hubiera tal vez deseado seguirle en el atahud ; habia instantes en que una débil luz resplandecia no obstante á sus ojos , en que se lisonjeaba que volveria á ver á Belina , que le seria devuelta. Quando decia que quizá estaba privada de la vida , aunque llegase hasta creerlo , una voz sorda se hacia entender en el fondo de su corazon , y alexaba sus tenebrosos presentimientos : él , pues , esperaba. No puede ya dudar de su desgracia : le re-

fie-

fieren que Belina ha muerto : añaden que la gente de su propio partido , de los Gibelinos , la ha asesinado ⁿ para apoderarse de las riquezas que su ^{ori} padre la habia dexado : entónces es quando Solmani se penetra de aquella sed ardiente de sangre que (para decirlo asi) habia consumido al autor de su vida. Ellos son los homicidas de Belina! Ah! padre mio , serás satisfecho! Tu sombra se aplaudirá con los sacrificios que juro hacerte. Ahora sí que ninguno de nuestros enemigos deberá esperar gracia de mi venganza : me han privado de Belina! ah crueles! ¡que yo no pueda exterminarlos todos! Ellos experimentarán lo que es un amante , que arde por enviar víctimas al objeto de su pasión. Ah! mi odio , mi rabia son iguales á mi amor! Sí , Padre mio , serán oídos tus deseos , ó pronto nos cubrirá el mismo paño sepulcral!

Solmani , en efecto , ya no es el mismo : todas las furias han pasado en algun

fieren que Belina ha muerto : añaden que la gente de su propio partido , de los Gibelinos , la ha asesinado ^{para} para apoderarse de las riquezas que su ^{padre} padre la habia dexado : entónces es quando Solmani se penetra de aquella sed ardiente de sangre que (para decirlo asi) habia consumido al autor de su vida. Ellos son los homicidas de Belina! Ah! padre mio , serás satisfecho! Tu sombra se aplaudirá con los sacrificios que juro hacerte. Ahora sí que ninguno de nuestros enemigos deberá esperar gracia de mi venganza : me han privado de Belina! ah crueles! ¡que yo no pueda exterminarlos todos! Ellos experimentarán lo que es un amante , que arde por enviar víctimas al objeto de su pasión. Ah! mi odio , mi rabia son iguales á mi amor! Sí , Padre mio , serán oidos tus deseos , ó pronto nos cubrirá el mismo paño sepulcral!

Solmani , en efecto , ya no es el mismo : todas las furias han pasado en algun

quanto miraban esta presa por muy importante : no se hubieran entregado á una alegría mayor , aunque hubiesen tenido en su poder al mismo Pontífice.

Sacan á Solmani de su prision , y rodeado de una escolta lo llevaban delante de una especie de Consejo de Guerra , adonde empiezan su interrogatorio. Os responderé (les dixo) en pocas palabras. Somos enemigos , y los enemigos no procuran perdonarse : sabed , no obstante el motivo de este furor que me inflamaba , que me inflama todavía en este instante , en que todos mis esfuerzos para satisfacerlo , serian infructuosos : adoraba á la hija de Rinaldi , que perdió la vida combatiendo por vosotros , y he sabido que Belina.... este recuerdo me vuelve á toda miraba.... Belina ha sido vuestra víctima: unos facinerosos , unos asesinos entre vosotros la han sacrificado á la avaricia de las riquezas : ella ya no existe : ay ! ¿ y este homicidio es obra vuestra ? Ved aquí

aquí lo que me ha hecho cruel, sin conmisericordia para vosotros. Pronunciad contra mí la sentencia que contra vosotros hubiera pronunciado yo, si la suerte os hubiese puesto en mis manos. Estoy preparado á todos los golpes, á todos los suplicios: los espero. Debeis creer que aborrezco la existencia, ya que todo quanto amaba, que quiero todavía mas ardientemente, se halla privado de ella. ¡Belina ya no vive! yo no podré morir demasiado pronto.

La Junta queda admirada de la firmeza de Solmani: el grande ánimo siempre ofrece un espectáculo, que imprime respeto, y aun manda al corazón humano se encuentran, pues, algunas personas enternecidas, que tratan de dexar la vida á este infeliz joven, que el amor solo habia podido hacer cruel hasta este punto: se desecha este parecer por la pluralidad de votos: se queria hacer un escarmiento, y espantar á qualquiera que tentase tomar por exemplo á So-

mani. Creen sin embargo dar una prueba de compasión, y suavizar el rigor de la sentencia, ordenando le condenen solo á perder la cabeza.

Van á participarle esta noticia á su calabozo: la recibe con alegría: ... Seré, pues, descargado del peso de la vida: sin duda es un beneficio: ay! ¡quánto siento deberlo á los asesinos de Belina! Esta es la única cosa que á mi satisfacción de morir mezcla alguna amargura.

Solmani es conducido á un cadahalso levantado en la plaza pública. El executor de las sentencias de la Justicia, al aspecto del prisionero, que ve adelantarse de leños, exclama con una especie de enagenacion. He aqui, pues, otro que voy á immolar. Los circunstantes que rodeaban á este bárbaro, son tanto mas admirados de oírle hablar así, quanto reunia á la juventud un ayre de luzura impreso sobre su semblante: su exterior de ningun modo anuncia este exceso de inhumanidad.

Lle-

Llega el desgraciado Solmani al sitio señalado para su execucion : sube al cadahalso. Tú eres (le dixo el verdugo) el vigésimo segundo , al qual tengo el increíble gusto de dar la muerte ; y profiriendo estas palabras hacia resplandecer el instrumento del suplicio , que ya amenazaba al cuello de Solmani : este se contenta con responderle : seré, pues , mas dichoso que tú : voy á morir , y unirme con quanto adoro. Belina , recibe despues de Dios mi último suspiro.

¡Qué retrato! El verdugo exhala un horroroso grito , dexa caer la cuchilla, privado enteramente del conocimiento , y se hubiera precipitado del cadahalso , á no haberlo sostenido en sus brazos los que se hallaban á su lado.

Igualmente Solmani despues de haber considerado atentamente á este hombre, habia dado un grito violento , y perdido enteramente el uso de sus sentidos.

No se sabe á qué causa atribuir
una

una tan extraña resolución : estas dos criaturas , arrebatadas por un profundo letargo , son transferidas á la sala en que acababan de sentenciar á Solmani: procuran llamarlos á la vida : se emplean los remedios administrados en ocasiones semejantes. La admiracion es general : ¡qué espectáculo se ofrece á la vista! este ministro de los rigores de las leyes ha dexado escapar indicios que descubren un secreto inesperado : es una muger que se oculta baxo el trage de un hombre. ¿Es , pues , cierto este descubrimiento (se preguntan los espectadores parados en diversas posturas de admiracion) qué motivo es el de un disfraz tan extraordinario?

Este acontecimiento produce un rumor , que saca á Solmani de su desmayo : él es el primero que vuelve á abrir los ojos.... ¡qué acentos! (dice , haciendo esfuerzos para levantarse , y fixando siempre mas su vista sobre esta criatura, todavía sumergida en el desfallecimiento)

to) qué semejanza.... sus facciones.... no me engaño.... ella es.... es ella misma... no murió! Sí, Belina es! y á esta voz se queda su alma suspensa, y dividida entre varias imaginaciones, como si hubiera sido detenido baxo la vara de un encantador.

Este objeto tan interesante para Solmani, y que excitaba la curiosidad universal hace un movimiento: ha vuelto á la luz, y al mismo instante con un nuevo grito: Solmani! Cielos!.... mi mano estaba para privarle de la exístencia! Estas palabras duplican la atencion: se juntan de nuevo: se estrechan al rededor de ambos personajes: se observan sus menores palabras, sus demonstraciones, hasta su silencio: aquel que acababa de hablar vuelve á desfallecer: en fin, vuelve de su opresion letárgica, y dirigiéndose al joven: En efecto, has debido reconocerme dificilmente: Sí, Solmani, has hallado á Belina: Señores (prosigue volviéndose ácia los cir-

cuns-

cunstantes) verdad es : veis á una mu-
ger , y la mas desgraciada ! Es preciso
rasgar el velo de este misterio. Este in-
feliz , sobre quien se levantaba mi bra-
zo , y que immolaba.... pues bien ! nos
amábamos desde la cuna : nuestras fa-
miliás aprobaban esta inclinacion recí-
proca : un empeño sagrado debia sellar
la union de nuestros dos corazones : las
turbulencias sobrevenidas en todos los
rincones de la Italia , rompieron estos
mutuos vínculos. Mi padre se habia de-
clarado á favor de la buena causa , y
el del objeto de una pasion legítima,
por una fatalidad incomprehensible , ha-
bia abrazado el partido opuesto. Desde
aquel instante , el autor de mis dias ya
no vió en Melino sino á un Guelfo : hi-
zo aun mas que condenar una pasion,
que animaba la esperanza de un próxi-
mo casamiento : consiguió combatirla,
vencerla , mostrarme en una palabra en
un amante el mas cruel de nuestros ene-
migos : me lo representó lleno del es-
pí-

píritu paterno , embebido de todos los venenos de una faccion temible para los verdaderos patriotas. Triunfaba , ó creí á lo menos haber trunfado de mi amor. Una muerte imprevista me priva de mi padre : heredo su odio contra los Guelfos , asi como sus bienes : unos facinerosos me roban parte de ellos , y me dexan espirando baxo la cuchilla asesina : aun se esparce la voz de mi muerte : me levanto , en algun modo , del túmulo con una animosidad mas ardiente todavía contra nuestros adversarios: hubiera deseado exterminar hasta el último. Tomo , pues , el disfraz de un se-xò , que , mucho mas que el mio me aseguraba el poder de saciar esta sed de una sangre proscripta que me consumia : ella me lleva á armarme con la espada de la Justicia : habia dado la muerte á mas de veinte Guelfos , quando el Cielo , que sin duda ha querido castigarme , trae baxo de mi brazo des-

D

truc-

tructor.... le he reconocido : se ha caído
 el hierro de mis manos , y la piedad,
 ¿qué digo la piedad? El amor ha vuel-
 to á entrar en mi alma : otra vez he
 visto el objeto de un ardor que creía
 ahogado , y se ha encendido de nuevo
 con toda su primera vivacidad... ¿podria,
 pues , yo esperar de vuestra humanidad
 que sereis sensibles á mi súplica , á mis
 lágrimas? En favor del zelo del qual
 os he dado tantas pruebas , dignaos ha-
 cer gracia á Solmani : concededle la vi-
 da. Me postro á vuestros pies : no me
 reuseis este premio , del que mi padre,
 y yo somos quizá merecedores. Por otra
 parte , Solmani se entregaba á todas las
 enagenaciones de la sorpresa , del amor,
 del éxtasis : he hallado á Belina! (ex-
 clamaba) he hallado á Belina! ella no
 está en el sepulcro! ella vive! y me vuel-
 ve sus primeros sentimientos! me es im-
 posible sostener el exceso de una felici-
 dad semejante! es demasiado poco un

corazon... siento que moriré de esto! Belina! ¿puedes quererme? (interrumpe ella) ¿es posible olvides jamas que he estado en el punto de darte la muerte?

Delibera la Asamblea si se cederá á la demanda de Belina. La singularidad del suceso , la situacion de una muger pronta á immolar á su amante , y que una especie de milagro habia librado del golpe mortal : todos estos motivos vencen un bárbaro y ciego furor.

En fin á las instancias de una amante se concede la gracia de Solmani, bajo las condiciones que se sujetará , por un juramento inviolable , á no llevar las armas contra los Gibelinos : él empeña su palabra , que reciben , y la cumplió religiosamente.

Un solo sentimiento vino á llenar el corazon del joven : no se ocupó sino en su dueño : consiguió despertar todo el amor que le habia inspirado , antes que hubiese dividido los furores de Rinaldi.

Los

Los dos amantes no pensaron sino en existir el uno para el otro : se alejaron de la sociedad , se casaron , y eligieron la mas profunda soledad para entregarse á una pasion , que se aumentó con el tiempo. Quántas veces se repitieron: ¿ es este , pues , el exceso de ceguedad , de ferocidad , de inhumanidad á que arrastra el espíritu de partido⁽¹⁾? Puede

(1) *El espíritu de partido* : en efecto si este resorte ha producido algunas veces virtudes resplandecientes , grandes acciones , ¡ quántos crímenes , atentados monstruosos no ha excitado ! ¡ quánto , y quántas veces el hombre , animado de este espíritu , se ha humillado hasta ser peor que el mas feroz habitante de las selvas , el tigre el mas carnicero ! No es en las novelas donde se hallan estas horrendas degradaciones de la naturaleza humana , en la historia es : abrámosla : ¿ qué nos presentará ? La tierra inundada de rios de sangre : ¿ y quién ha hecho verter esta sangre ? El espíritu de partido. Ved las sectas en todos tiempos despedazarse entre ellas , las matanzas amon-

de desnaturalizar al hombre hasta destruir un sentimiento.... era el de mi misma existencia (añadia Belina), Solmani, he podido imponer silencio á mi amor, á la voz de un bárbaro padre, tomar un fanatismo, su rabia! eh! (interrumpia el esposo) ¿no he sido yo tan culpable? No hablemos ya de lo pasado, querida Belina: no pongamos nuestra mira sino en expiar nuestros crímenes, y no pueden existir otros que de-

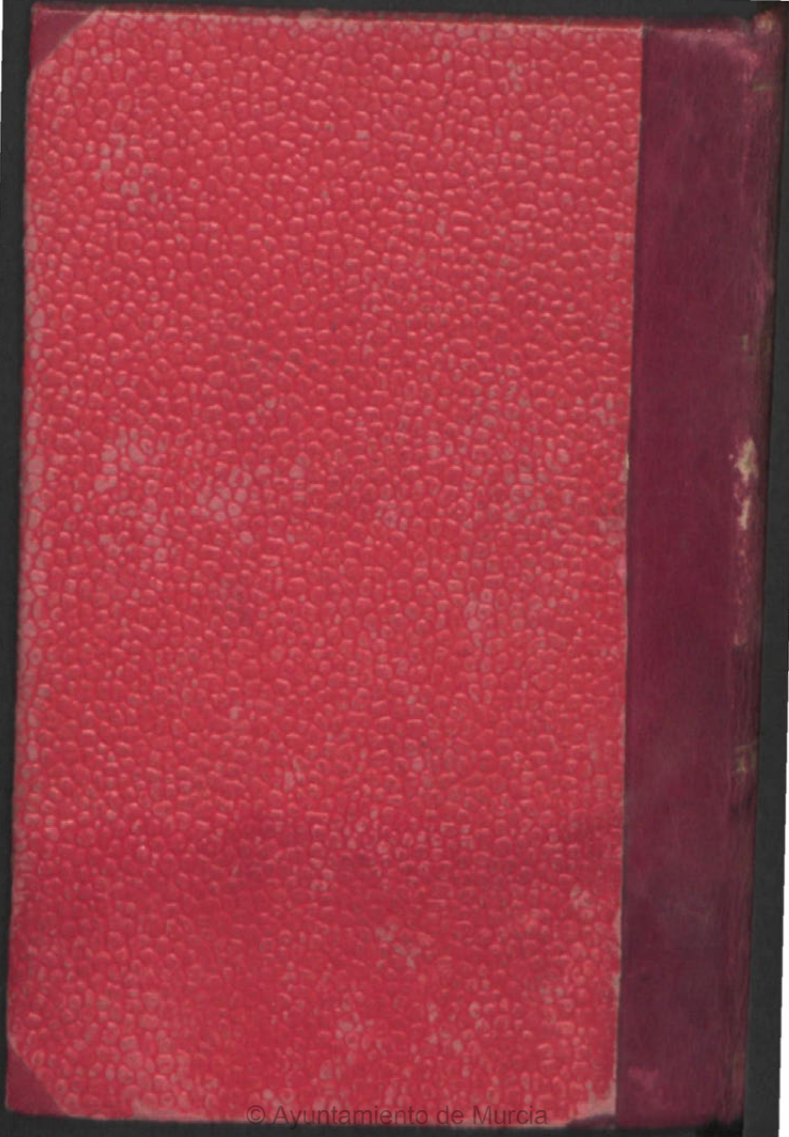
amontonadas en tantos parages: las Vísperas Sicilianas: no olvidemos las abominaciones de los Abasidas, y de los Umesiades, &c. &c. Ved, pues, los excesos á que se abandona el hombre, quando ha perdido de vista la verdadera Religion, y los vínculos de la naturaleza, la razon, y la sana Filosofia: quédense siempre baxo sus ojos estos retratos, á fin que desconfie continuamente de su flaqueza: este es el medio propio para preservarse de las recaidas: siempre está cerca de la sinrazon, de la injusticia, y freqüentemente del delito.

deban excitar mas remordimientos. El amor, el amor nos ha vuelto á la naturaleza, á la virtud. Sean estas en adelante nuestras únicas guías, y compadezcámonos de los humanos, víctimas del odio, y quasi siempre de la ignorancia, y de los absurdos.

F I N.

Imprímase,
Cano.

Justina Lavinia
RL



OPUSCULOS

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^o 1

TAB^a 4

N^o 48

J. M. I.